©2004 Ubikverso es una publicación de UBIK Asociación Venezolana de Ciencia Ficción y Fantasía

Contenido

Editorial

Relatos
Ángel..Víctor Xavier Cruz
El Médico..Francisco Ruiz

Ilustraciones
Juan Raffo

Portada
Onil A. Egroj

Ubikverso
Universo de Ciencia Ficción y Fantasía
Año 1 Número 1
Octubre-Diciembre 2004

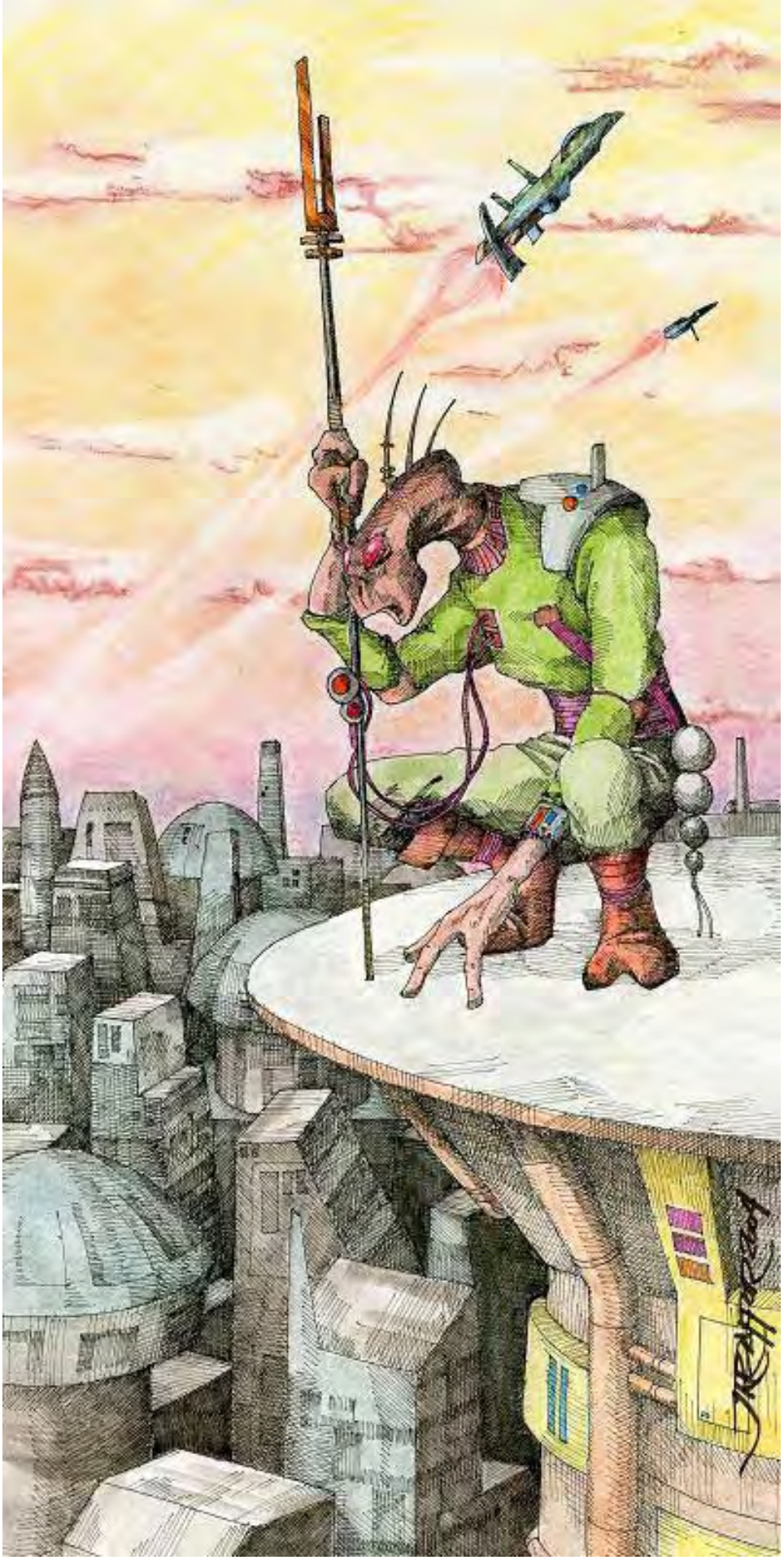
Editor
Jorge De Abreu

Comité Editorial
Alessandro Degl'Innocenti
César Villanueva
Fili Fazzino
Juan Carlos Aguilar
Luis Augusto Peña
Rafael Escalona
Roberto Da Silva
Wilfredo Puignau
Yamil Madi
Yván Ecarri

Logotipo de Ubikverso
William Trabacilo

Todos los relatos e ilustraciones son propiedad de sus respectivos autores. Cada autor ha cedido gentilmente sus derechos únicamente para la publicación en esta edición de Ubikverso.
La distribución de Ubikverso es gratuita y se autoriza su redistribución siempre que sea esta edición íntegra y sin alteraciones.

Ubikverso es una publicación literaria de UBIK Asociación Venezolana de Ciencia Ficción y Fantasía.
Septiembre de 2004.
Todos los derechos reservados.



Editorial

Bienvenidos al primer número de Ubikverso, Ciencia Ficción, Fantasía o Terror. Tarea ardua, pues siempre ha sido difícil definir los géneros, establecer los límites, sin ambigüedades. Sin embargo, cuando creemos que tenemos la definición perfecta, llega un relato rebelde; uno de esos que niegan las clasificaciones, que se ubica por encima de ellas y dentro de todas ellas. Entonces decidimos ser abiertos y no negarnos a la realidad, quizás una postura cómoda, confortable. Hablamos de Ciencia Ficción, primordialmente, pero publicamos aquello que explora lo fantástico como alternativa de vida o como maravilla de la cotidianidad.

El primer hecho maravilloso de Ubikverso fue la distorsión temporal que ocasionó que su publicación se filtrara por una ranura del continuo espacio tiempo de mayo a septiembre. Como todo producto perfectamente planificado, Ubikverso falló en su eslabón mas débil: el editor. Hay quienes dicen que es un débil mental, su médico argumenta que la debilidad es capilar y sus lectores comentan que la real debilidad es argumental. Él lo niega todo y a todos, tanto reniega que durante tres meses se negó a aceptar el paso inexorable del tiempo, de los pasos experimentales en su trabajo de laboratorio que nunca aguardaron una conjunción lunar y los primeros pasos de su hijo mientras él observaba la pantalla del computador. Afortunadamente, como todo padre, aunque las madres no quieran aceptarlo, posee percepción extrasensorial y captó el sutil incremento en la entropía hogareña causado por el paso del gateo al andar bípedo. Los pasitos los vio con el rabillo del ojo y pudiéramos decir que fue feliz. Así es como llegó septiembre, no fue culpa de los autores, pobrecitos ellos, todos muy cumplidos y ordenados; tampoco de los evaluadores del comité editorial que estuvieron al día con sus instrumentos de tortura. El bicho-perro fue el editor y como tal gime de vergüenza. Eso sí, todavía tiene el desparpajo de decir que la periodicidad será trimestral.

Además de la periodicidad, Ubikverso fue concebido para ser una revista breve y concisa (no como estos editoriales anodinos que espero se salten antes de llegar al final). Tres relatos por número era nuestra meta. Sin embargo, tampoco pudo ser, el comité editorial es celoso con su labor, casi rabioso, y el editor respeta eso. Así que en el presente número sólo tenemos dos relatos. ¿Qué pasa si el número de relatos es mayor de tres?, se preguntarán los lectores pacientes que tuvieron el agravante de llegar hasta aquí. Pues sencillo, aumentamos la frecuencia: bimestral, mensual… el futuro dirá, pero basta ya de preámbulos, ya hablaré bastante de nuevo al final. Los dejo con Ángel y El Médico, los dos relatos de este primer número de Ubikverso.

Jorge L. De Abreu.

ÁNGEL

por Víctor Xavier Cruz C.

Víctor Xavier Cruz es un escritor ecuatoriano nacido en 1977, que actualmente reside en Guayaquil. Lee de todo, pero primordialmente Ciencia Ficción. Sus autores preferidos son Harlan Ellison, Robert Silverberg, Phillip K. Dick, Isaac Asimov, Theodore Sturgeon, Agatha Christie, Stephen King, Alejandro Dumas, H. P. Lovecraft, Charles Dickens, Jack Kirby, Jim Starlin y muchos más. Desde pequeño comenzó a escribir relatos y comics, el presente relato hace alusiones veladas al mundo del comic que esperemos sepan apreciar. Inquisitivo, intercambiamos con él una larga lista de correos electrónicos hasta que estuvo satisfecho con nuestras respuestas y vio la verdad en nuestros ojos hundidos de cansancio, encandilados por el potente bombillo de 250 vatios. Economista de profesión, ha colaborado con artículos en la revista Guiainet en Ecuador y está preparando dos novelas. Ángel apareció por primera vez en el fanzine español Reverso en noviembre de 2002. Puedes ponerte en contacto con él escribiendo a: xavier.cruz@gmail.com.

... y al caer la noche escuchaba sus pasos al acercarse y mi corazón se aceleraba.

Odio. Amor. Temor. Sobre todo, temor.

En ocasiones, incluso terror.

Un hombretón en sus últimos cuarenta, embrutecido por el alcohol, los celos, la envidia y treinta años como portero en una escuela pública.

A veces llegaba y se dirigía directamente al destartalado refrigerador a buscar su cerveza. Cuando se acababa husmeaba por la casa hasta encontrar algo que la remplazara. Tequila. Whisky barato. Aguardiente. Lo que fuera.

Otras veces llegaba con una pelota para mí o quizás un dulce para Ángel. Entonces nos llevaba al parque y nos enseñaba los juegos de su niñez y volábamos cometas hechas de papel o jugábamos a escondernos y él corría con nosotros y ayudaba al pequeño Ángel a subir a los árboles y si llovía volvíamos a casa y nos enseñaba a hacer girar trompos, a fabricar yoyos o se sentaba en el suelo a modelar figuras con la plastilina que robaba para Ángel en la escuela donde trabajaba. (Ángel adoraba esa plastilina. Mezclaba los colores y los convertía en una masa gris con la que jugaba durante horas. Y, después de jugar, jamás destruía las figuras que hacía. Una vez pisé una sin querer y no me habló durante el resto de aquel día).

Era en aquellas ocasiones cuando le odiaba más que nunca. Más que cuando estaba ebrio. Más que cuando nos gritaba sin motivo. Más que cuando nos golpeaba salvajemente. Lo odiaba porque nos hacía amarlo. Y eso era lo más cruel de todo. Lo amábamos.

No pedía ayuda. ¿A quién habría podido pedírsela? No teníamos más familia. Mamá se había ido años antes, sabedora de lo que le esperaba de haber seguido con aquel hombre. No la puedo culpar. Yo tenía sólo diez años y Ángel aún no iba a la escuela, ¿cómo habríamos podido huir?

Aquella noche llegó a casa de mal humor y al poco rato ya se encontraba en el viejo sillón con una botella en la mano, en calzoncillos frente al televisor. Yo leía las historietas que un amigo de la escuela me había prestado y Ángel jugaba con sus plastilinas junto al sillón.

Las horas pasaron y determinada sensación, cierta electricidad en el aire, me decía que algo iba a suceder. Los vellos de mi nuca y brazos se erizaban sin motivo aparente. Al cabo de un rato ya no podía concentrarme en las historietas.

Él se había quedado dormido, borracho, cuando de pronto un anuncio comercial particularmente ruidoso en la televisión lo despertó. Eso siempre lo hacía enfurecer. Miró a su alrededor y al ver a Ángel jugando en el suelo empezó a gritarle por haberlo despertado.

Ángel no se molestó en negar la acusación... ya sabía que siempre era mejor dejarlo desgañitarse.

Entre maldiciones, le ordenó que le llevara “su mejor botella” antes que le diera una paliza.

Al igual que yo, Ángel comprendió que se refería a la botella de whisky que guardaba desde hacía semanas en la alacena. El pobre aún no sabía leer pero ya había aprendido a distinguir las etiquetas de las botellas de licor.

La alacena, sin embargo, estaba muy alta para él. Me levanté para alcanzarle la botella pero él me detuvo con un grito. Quería que “el mocoso hiciera algo útil alguna vez”.

Ángel tomó una de las tres sillas que teníamos en la casa, la llevó junto a la alacena y se subió a ella. Abrió la alacena pero la botella se encontraba en el estante superior y aun de puntillas sobre la silla le faltaban unos centímetros para alcanzarla. Se inclinó todavía más, llegando a rozarla con las yemas de los dedos.

Mi cuerpo se hizo un nudo, cada músculo deseando bajarlo de ahí y agarrar la maldita botella.

Inevitablemente, la silla resbaló hacia atrás y Ángel cayó hacia adelante golpeando su barbilla contra el mesón de la cocina. La botella cayó también y se hizo añicos contra el piso.

Instantáneamente la casa se llenó de olor a whisky.

Corrí hacia mi hermano pero él llegó antes. Me apartó de un manotón y levantó a Ángel por la camiseta hasta la altura de su rostro.

Ángel apenas se recuperaba de la sorpresa de la caída y aún no atinaba a llorar. Pude ver que el golpe le había partido el mentón y abundante sangre chorreaba de la herida. Habría necesitado

varios puntos para detener la hemorragia.

Entonces él empezó a sacudirlo y a gritarle que era un torpe, un inútil y otras cosas. Aún asiendo a Ángel se agachó y recogió lo que quedaba del cuello de la botella. Se irguió y acercó el vidrio al rostro de mi hermanito, que para entonces ya berreaba, más por miedo que por dolor.

Yo estaba seguro de que lo iba a herir y me lancé hacia él gritándole que lo dejara, que lo dejara, pero él volvió a apartarme con la mano en la que sostenía el cuello de la botella, haciéndome un corte en la mejilla.

Soltó el vidrio y agarrando a Ángel con ambas manos, lo lanzó hacia delante. El cuerpo no cayó con el seco "POF" que habría esperado. Más bien sonó como el crujido húmedo de un huevo al romperse.

Un sonido horrible que aún escucho a veces, por las noches.

Alrededor de su cabeza el suelo empezó a cubrirse de sangre.... quise creer que era la que salía de su barbilla.

Grité, y sin pensarlo me interpuse entre ambos, dispuesto a no dejar que lo volviese a tocar. Él se enfureció todavía más. Su cabello estaba revuelto y tenía un brillo asesino en los ojos. Supongo que yo me veía igual.... o a lo mejor peor con la sangre manando de mi mejilla.

No di batalla. En cuanto se acercó, sujetó mis brazos a los costados, me levantó y me lanzó con fuerza hacia la pared. El golpe en la espalda me dejó sin aliento. El golpe en la cabeza, inconsciente.

Lo siguiente que recuerdo es estar tumbado en el piso. La cabeza me daba vueltas. Apestaba a whisky. Me dolía respirar. Tenía dos costillas rotas, pero eso no lo sabía.

Ángel seguía en el mismo lugar donde él lo había arrojado. Su cabeza yacía en medio de un charco marrón.

Él volvía a roncar en el sillón, con el televisor encendido y una botella de aguardiente sobre la panza.

Junto al sillón, las figuras de plastilina seguían tal como las había dejado Ángel. Figuritas grises que asemejaban hombrecitos, perritos, vaquitas y otros animales y monstruos que sólo Dios y la imaginación de mi hermanito habrían podido reconocer.

Al verlas rompí a llorar.

Mi visión se nubló.

Y fue entonces cuando las figuras empezaron a moverse.

¡Se movieron, lo juro! ¡No fue una alucinación! Empezaron a andar. Paso a paso, lentamente. Algunas se acercaron al sillón y otras se encaminaron a la cocina.

Al cabo de unos minutos, las primeras habían escalado el mueble y trepaban por el cuerpo dormido mientras las demás volvían de la cocina cargando consigo cuchillos, tenedores, un sacacorchos y la vieja navaja suiza con que él nos amenazaba a veces.

Yo observaba en silencio, entre brumas. Estaba fascinado, pero no sentía sorpresa.

Los objetos comenzaron a pasar de figura en figura hasta llegar a la que se encontraba en lo más alto, un hombrecito de plastilina de unos 10 centímetros de altura, de pie sobre el pecho. El hombrecito tomó uno de los cuchillos, lo levantó tan alto como pudo.... y lo introdujo con fuerza por debajo del esternón.

Inmediatamente él recuperó el sentido e inició un grito, pero otras dos figuras se introdujeron por su boca y nariz asfixiándolo a él y al grito, mientras las demás clavaban en su cuerpo el resto de objetos que habían traído de la cocina

Ante mis regocijados ojos empezó a sacudirse tal como él había sacudido antes a Ángel, presa del terror, mientras la sangre surgía en espesos ríos de las numerosas heridas.

Manoteó intentando quitarse las figuras de encima pero fue inútil. Por cada una que lograba apartar otra tomaba su lugar. Estiraba tanto los brazos que me parecía que sus manos iban a alcanzarme en mi lugar en la pared.

Para entonces parecía un fakir con cuchillos y tenedores clavados en su vientre, pecho, brazos e ingle. El sacacorchos colgaba de su hombro derecho. Ignoro por qué no intentó ponerse de pie.

Continuó sacudiéndose hasta que finalmente una de las figuritas, un hombrecito tocado con una especie de sombrero, le perforó la carótida con la navaja suiza.

Mientras la sangre le brotaba a chorros del cuello su mirada se posó en mí. Durante un segundo eterno nuestros ojos se cruzaron, inmensos, y pude ver que toda amenaza había desaparecido de los suyos, reemplazada sólo por terror.

Sé que lo último que vio al morir fue la sonrisa de satisfacción en mi rostro.

Cuando dejó de moverse, me arrastré penosamente hasta donde yacía Ángel y lo abracé, embarrándome con su sangre.

Sobre el cuerpo inerte de mi hermanito lloré y reí... lloré y reí.

Transcurrieron varios días hasta que los vecinos acudieron, atraídos por el hedor. Desde entonces he estado aquí, solo, en esta habitación tan blanca...

Aunque quizás no tan solo...

...tengo mis historietas y mis plastilinas y durante el día está aquella enfermera tan bonita que viene cada vez que necesito algo...

...pero por las noches está Ángel, siempre Ángel...

(Fin)

NECRONOMICÓN

Literatura supercorta de Terror, Fantasía y Ciencia Ficción.

Los engendros de los mitos acechan en la oscuridad, acércate bajo tu propia cuenta y riesgo.

Todos los meses a partir de octubre.

http://www.geocities.com/ubikcf/necroindice.htm

UBIK Asociación Venezolana de Ciencia Ficción y Fantasía

http://www.geocities.com/ubikcf/ubik.htm

Noticias de Ciencia Ficción, Fantasía y Ciencia, actividades, publicaciones e historia de la asociación.

El médico

Por Francisco Ruiz Fernández

Francisco Ruiz es español. Un tanto misterioso, diría yo, aunque la palabra es develada con la tacañería de las frases cortas en su página personal. Se hace llamar Txisko, pero yo desde estas latitudes ignoro la naturaleza del mote, tal vez personal o cultural. Hablando de su autorretrato, es generoso en cualidades que más de uno preferiría ocultar, pero dada su despreocupación, indolentemente deja colar una pintura de si mismo que habla mas de su postura literaria que de sus características personales. Escribe por adicción, drogadicto de las palabras que suelta libres en el papel y luego las amarra con crueldad a sus ideas.
Nacido en 1973, un chamito como se dice aquí en Venezuela, escribe con tal frenesí que pone en duda tres palabras de su semblanza. Además edita el fanzine Ma-Ycro y coedita con Santiago Eximeno otro fanzine, Qliphoth. No me pregunten con qué tiempo, pero lo hace. Hace poco vi una fotografía suya y todavía dudo si aquello era su nariz o su oreja. Todo barba en la oscuridad, el misterio viene como preámbulo al relato que nos presenta en esta oportunidad. A Francisco Ruiz se le puede contactar en su blog: http://txisko.com.
A propósito Txisko es el diminutivo de Francisco en vasco…

John miró el número que aparecía junto a la entrada de la valla. Los oxidados dígitos de metal coincidían con los que tenía apuntados, si se consideraba el nueve desbocado y caído como el seis de la nota. Sí, ésa era la dirección que le habían indicado por teléfono. Con paso renqueante avanzó por el sendero empedrado hacia la entrada. Escasos diez metros de losetas le separaban del acceso a la mansión para adentrarse en un mar de altos hierbajos.

Había acudido de mala gana: los últimos días había sufrido un fuerte dolor en las piernas y en la columna, tan intenso que por momentos le impedía caminar. Pero la baja médica que le habían concedido podía ser anulada sin aviso y de forma irrevocable: cuando firmó el contrato con la ONG Mundo de Hambre, en calidad de miembro a sueldo, sabía que podría encontrarse con esta situación. Una cláusula bien clara rezaba en letra no exactamente pequeña que se exigía de él absoluta disposición. Absoluta. A cambio de ello, John cobraba un suculento y casi desproporcionado plus mensual. Así, a partir del momento en que dejó su firma, se había convertido en médico auxiliar para el distrito de Arkham, siempre con el móvil dispuesto. Y, teniendo en cuenta que el trabajo le había caído literalmente del cielo, no podía quejarse. Aun recordaba la entrevista con el representante de la ONG, en su ahora ya distante Vermont.

-Su perfil es idóneo para poder trabajar con nosotros, señor -le había dicho aquel hombre con una sonrisa apagada, lánguida-. Además podemos informarle que los análisis y chequeos nos indican que posee una salud de hierro. No se arrepentirá de habernos conocido: le daremos un nuevo sentido a su vida.

En los dos meses que habían transcurrido desde entonces el móvil sólo había sonado una vez, cuando tuvo que sanar a una solitaria anciana. Jamás había estado en el barrio alto de Arkham,

y la extraña arquitectura de aquella mansión le dejó desconcertado. Le había abierto la puerta un criado medio ciego, a todas luces incapaz de cuidar de su señora ante una emergencia. John se había sorprendido por la decrepitud tanto de la casa como de sus habitantes, criaturas arrugadas y casi tan enmohecidas como los libros de la colosal biblioteca donde la herida le esperaba. Gente de una época anterior aferrándose a la vida dentro de una decrépita mansión. Fósiles.

La casa que ahora visitaba sufría un abandono similar a la de aquella anciana; esta mansión y todas las demás que había visto desde su entrada en Innsmouth. La población costera era lo más parecido a un pueblo fantasma que nunca antes hubiera visto. Las avenidas y calles, sucias y llenas de montañas de hojas secas, tenían el asfalto (donde lo había) destrozado y lleno de socavones. Las casas, en su mayor parte mansiones de inicios del siglo XIX, proclamaban tiempos de gloria pretérita, ahora convertida en horrible y mohosa decadencia. Las fachadas habían perdido en múltiples zonas la pintura, por lo general blanca. Donde aún resistía el asedio del clima, el color lechoso había adquirido un tono enfermizo, leproso; en donde había caído, la madera abandonada a la intemperie se hinchaba a causa de la humedad del cercano mar, pudriéndose con lentitud.

Innsmouth. Decenas de rumores, algunos sin duda disparatados, habían llegado a sus oídos desde que se trasladara a Arkham: ‘gente rara, peligrosa, la de Innsmouth’, ‘mejor no tomar el autobús de la costa: es su línea, y son muy celosos de todo lo suyo’, ‘no les gustan las visitas’. Antes de firmar el contrato, en aquella oscura oficina frente al sucio Miskatonic, le refirió a su jefe todas aquellas habladurías. Éste le contestó con una sonrisa extraña:

-No ha de tener miedo de todo eso, ya que enseñando su nuevo identificación como miembro de Mundo de Hambre no tendrá problemas.

Como para asegurarse de que lo llevaba allí, John palpó el bolsillo de su pantalón, buscando su salvoconducto para Innsmouth. En el centro, sobre su nombre y apellidos, a la derecha de su sonriente fotografía, había un curioso dibujo. Representaba un globo del mundo rodeado de un extraño anillo de símbolos indescifrables; una especie de cintas verdosas surgían desde detrás del círculo y abrazaban la Tierra con aparente ansiedad.

Innsmouth. Avenida Marsh, número 276. Allí estaba. Dejó su maletín de médico en el suelo: su peso le provocaba dolorosos pinchazos en el costado, aguijonazos que se propagaban de la columna a las piernas. Tocó el timbre, pero ningún sonido respondió a la pulsación. Estropeado, sin duda. Una aldaba con la forma de la cabeza de un extraño pulpo le observaba desde el centro de la puerta. Al menos esto no necesita electricidad para funcionar, murmuró John, irritado. Las piernas la dolían ahora horrores. El corto paseo desde el coche hasta allí parecía haberle reavivado los dolores. Necesitaba aplicarse un calmante. Más tarde, una vez hubiera terminado con esta emergencia. Ahora debía cumplir con su trabajo. Propinó tres sonoros golpes con el cefalópodo de bronce. Silencio del otro lado de la puerta. Quizá estén en la planta superior. Calma. Pero el dolor...

Mientras esperaba a que le abrieran estudió el porche, claro ejemplo de la dejadez que reinaba

en el pueblo: un desvencijado banco yacía hecho pedazos a la izquierda, víctima de la carcoma y la intemperie: las paredes habían perdido la pintura en enormes secciones, y los desconchones dejaban la madera al aire para que lentamente se pudriera; muchos de los listones los habían reemplazado con patente ineficiencia, dando al conjunto un aspecto de parches muy poco agradable a la vista. Diversos utensilios marineros colgaban, llenos de polvo y suciedad, aportando otra nota de tristeza a la casa.

Unos pasos sonaron al otro lado de la puerta. Al mismo tiempo la casa gimió, como si amenazara sucumbir bajo su propio peso. O al menos de eso intentó convencerse John al escuchar el sonido procedente del piso superior. Notó como sus cabellos se erizaban como escarpias. La cortina de ganchillo que cubría el cristal de la puerta se descorrió, apareciendo un rostro surcado de arrugas, de piel cetrina y enormes ojos saltones:

-¿Es usted el de Mundo de Hambre?

John extrajo de su cartera la acreditación. La cara estudió el carné a través del cristal, y al reconocerlo abrió mucho más aún los ojos. Con una sonrisa le abrió la puerta: tenía una boca más que enorme, y sus labios parecían casi inexistentes de lo finos que eran.

-Ah, veo que usted es el que esperábamos -dijo invitándole a pasar-. Por la escalera, por favor.

No sin cierta renuencia, John cogió su maletín y pasó al recibidor. La atmósfera de dentro de la casa resultaba sofocante y húmeda. Los visillos trasnochados que colgaban de los ventanales impedían el paso de la luz, sumiendo a la casa en una densa penumbra. Siguiendo las indicaciones de la anciana, se dirigió a la escalera. Avanzaba con lentitud, mirando a su alrededor: si el aspecto exterior de la mansión deprimía la vista, lo que se ocultaba tras la fachada sólo podía calificarse como terrible. Suciedad y abandono por todas partes. El polvo se acumulaba en densas capas por todas partes: muebles, lámparas, cuadros, suelo. La pátina que cubría éste resultaba más chocante al comprobar la existencia de senderos bien visibles, rutas frecuentadas por la anciana en su quehacer cotidiano, y que contrastaba con la más densa y grasienta, allí por donde no había caminado quien sabe en cuántos años.

John ya estaba en el piso superior. Ante él esperaban cinco puertas cerradas.

-¿Donde...?

La mujer respondió a su espalda, señalando a una trampilla:

-Arriba, allí es donde se le requiere.

-¿Ahí? Pero... ¡eso es el desván!

-Sí, sí: ahí es, ahí es.

Él miró desconcertado el rostro de papiro. No había duda posible: debía subir al desván.

Como para eliminar cualquier duda, otro gemido resonó encima de su cabeza. La garganta que lo había proferido le esperaba más allá de la trampilla.

John empezó a sudar. Algo allí le aterraba. Casi parecía estar inmerso en una historia de terror, de las que se cuentan en torno a una hoguera en una acampada de adolescentes.

-Abra, abra sin miedo, no le harán daño.

Descorrió el cerrojo con pulso tembloroso y dejó caer la portezuela. Receloso, desenganchó la escalera y la desplegó. Una luz tamizada por cortinas verdes inundaba el ático. Un nuevo aullido, esta vez con cierto cariz de interrogación, surgió de la penumbra color zafiro.

-¿No va a dejarme una linterna, vela... algo?

-No, la luz aun les hace daño. Suba, yo le sigo.

Ascendió los peldaños con lentitud. Las piernas y la espalda le dolían horrores. Y el maletín pesaba cual plomo.

Venga, haz lo que sea, pero acaba rápido con esto.

El ático estaba ahora en silencio: su habitante (¿no ha dicho antes 'harán'? ¿Cuanta gente hay aquí dentro?) quizá se hubiera asustado al ver al recién llegado. Las paredes estaban desnudas, con los travesaños al aire. El suelo estaba cubierto con una gruesa moqueta azulada, del tono similar al de la cortina que colgaba ante el único ventanal. La luz apenas podía atravesar el grueso tejido, sumiendo al desván en tinieblas azuladas. John no podía distinguir ni camas, ni armarios ni ninguno de los enseres habituales allí donde se supone que vive un enfermo.

Enfermos. Según dijo aquí debe haber varios enfermos.

La trampilla se cerró a sus espaldas, seguida de un golpeteo metálico. La anciana, que le había seguido al interior del ático, permanecía agachada sobre el acceso.

-Bien, ya he puesto el candado. Ahora deje el maletín y póngase junto a los demás.

-¿Perdón?

No comprendía. Sintió cómo su alma se diluía en una mezcla de estupor y terror al ver el enorme candado cerrado en torno a las cadenas, obstruyendo la portilla e impidiéndole salir.

-No, no... no entiendo nada de todo esto. ¿Donde está el enfermo al que debo atender?

Una sombra surgió de repente de entre las sombras, a la espalda de la mujer. Un hombre desnudo. John retrocedió horrorizado: la piel de aquel individuo era extraña, escamosa y de un malsano tono verde azulado. Apreció otros detalles, a cuál más aberrante: entre sus dedos tenia una

membrana, sus labios similares a los de un batracio, y los ojos... el parecido con la anciana le abrumó, dado que parecía una grotesca y antinatural rana humana.

-¿Atender a un enfermo? ¿Quién -espetó la anciana- ha hablado de eso? ¿No se lo han explicado?

Un latigazo de dolor recorrió la columna de John, obligándole a arrodillarse.

-Ah, al parecer ya ha empezado a sufrir dolores. No se preocupe: yo estoy aquí para cuidar de usted. Si el expediente que nos envió la organización está bien, usted forma parte de los de tercera generación. Esté tranquilo, ya que en un par de meses surcará el mar con los demás. Ya ha visto a Charlie. Él saldrá dentro de una semana: su cambio casi se ha completado.

“Pero bueno, señor Kasparek, Johnny -susurró confidente-, allí está su esquina. Sí, donde esa argolla vacía, junto a Mike. No tenga miedo: yo cuidaré de usted hasta que llegue el momento.

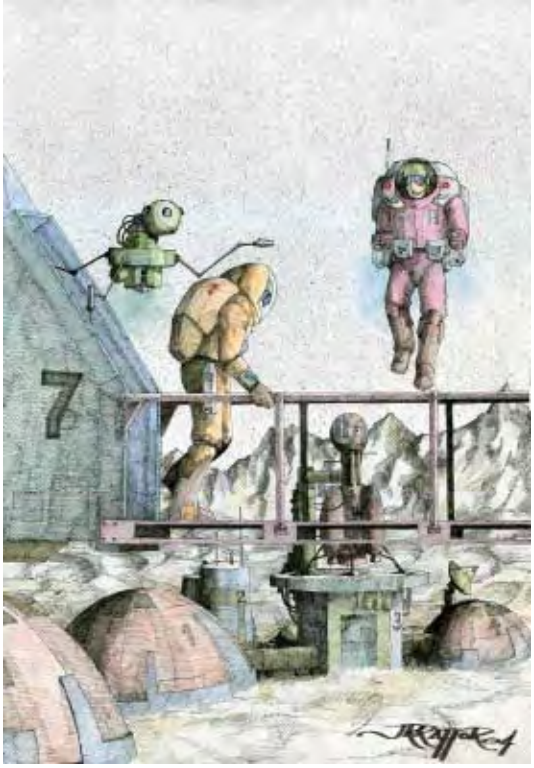
(Fin)

Desde El Lado Obscuro...

Artículos sobre Ciencia, Ciencia Ficción y Fantasía

JRAFFOR

Juan Raffo, venezolano nacido en 1968, es dibujante desde la cuna. Sus padres no le permitieron una palabra hasta que dibujó los ideogramas de mamá y papá. Ingeniero electricista de profesión y dibujante por aflicción, ha sido miembro de ubik-l desde 2001 y no me pregunten por qué razón se ha empeñado en desquiciarse en UBIK durante tanto tiempo, a lo mejor es predisposición genética. Lo conocí personalmente en 2003, en un famoso café literario de Ciencia Ficción que ya fue reseñado en Desde el Lado Obscuro. Juan Raffo, a pesar que tal vez lo niegue, conoce muy bien el género de la CF (lo demostró durante el café donde tomamos limonada) y lo utiliza como fuente de inspiración para algunas de sus obras; en otras se vuelve menos estricto y usa la Fantasía. Es un escéptico, a pesar de que sueña con el futuro, pero eso no parece perturbarlo en lo más mínimo. Ubikverso se siente honrado en presentar en sus páginas dos obras de Juan: Ciudad alienígena y Base Moebius, ambas dibujadas con las mismas técnicas, híbridas de tinta china, marcador, acuarela y pastel. Los resultados son soberbios, particularmente me inclino por Ciudad alienígena, las texturas de la ciudad, geométrica en tonos pardo azulados toman protagonismo a pesar de estar al fondo. El ambiente extraño es rematado por el extraterrestre en primer plano. Base Moebius aunque no tiene la misma personalidad también es sugestiva. A pesar de que los seres son humanoides, nos son extraños, anónimos, pues sus rostros permanecen ocultos. Muy probablemente estamos ante una base minera, no un asentamiento de población.



En la página de Juan Raffo (http://www.geocities.com/jraffo2001/) hay una muestra más extensa de sus trabajos, así como una interesante secuencia de fotos mostrando el desarrollo, paso a paso, de Ciudad alienígena.

Palabras finales

Mucha agua ha pasado bajo el puente desde que anunciamos la preparación de Ubikverso. La Ciencia Ficción hispanoamericana pasó de ser un movimiento caótico de fanáticos lectores y escritores a algo que parece no ser tan caótico, a un movimiento browniano de ideas que esperemos deje de ser tan estocástico y comience a fomentar alianzas. Ofrecemos a Ubikverso como un granito de arena en esa gran construcción que se intenta levantar, estamos orgullosos de este aporte y mientras el cuerpo aguante y los escritores confíen en nosotros, aquí estaremos en periodicidad dizque trimestral para el beneplácito de los lectores de la literatura fantástica que pululan allí afuera.

Agradecemos en esta oportunidad a Xavier Cruz y Francisco Ruiz por brindarle el contenido a los lectores y permitirnos vislumbrar algo de sus universos. También a Juan Raffo por su generosidad desbordada que ilumina estos universos y le otorga tal vistosidad a Ubikverso. Gracias a los tres y especialmente al ingrato trabajo de verdugos del Comité Editorial, en la trinchera, leyendo y comentando, leyendo y comentando...

No nos queda mas que invitarlos al número dos, que necesariamente será mejor, aunque sea por azar. Esperar por sus comentarios o rogar por ellos. Invitar a los escritores y dibujantes a que nos envíen sus obras para enriquecernos mutuamente. Publicar y no morir en la entropía del cero absoluto. Así están las cosas en este momento. Hasta la próxima.

Jorge L.De Abreu

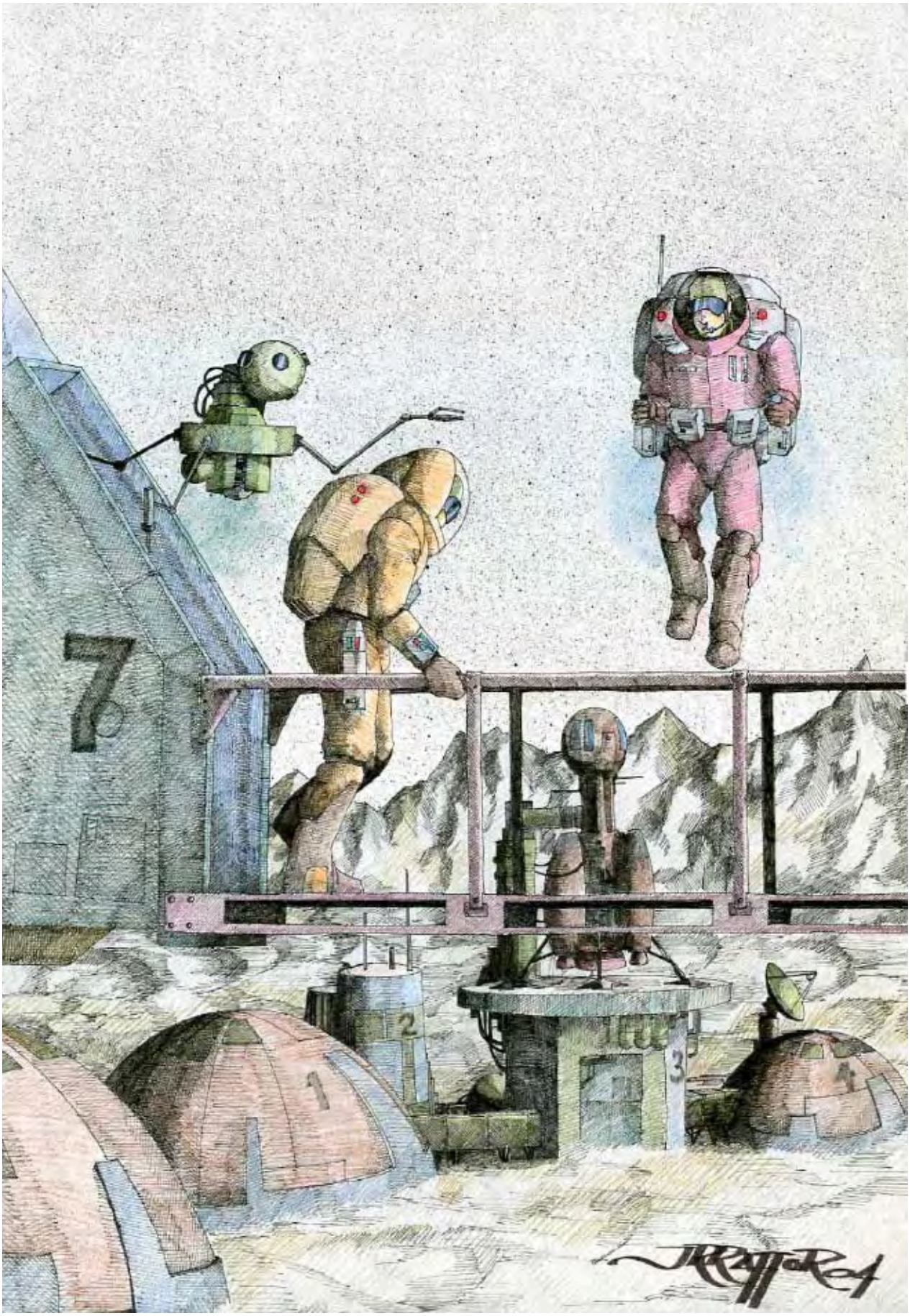
¡Colabora con Ubikverso!

Recibimos relatos de Ciencia Ficción, Fantasía o Terror. Envía tus cuentos de 7500 palabras o menos a ubikverso@yahoo.com. El mensaje debe incluir el nombre del autor, el relato y una pequeña biografía del autor de no más de ciento cincuenta palabras.

¡Necesitamos dibujantes!

Si dibujas envía tus trabajos a ubikverso@yahoo.com, pueden ser en color o en blanco y negro. Necesitamos una pequeña biografía del autor, así como los títulos de la obras enviadas y las técnicas empleadas para su creación.

Encontrarás más información en el portal de Ubikverso o escribiéndonos a ubikverso@yahoo.com.


7
1
2
3
4